

SONIDO

cuarenta

AÑO III
TOMO III
2 0 1 1



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIFUSIÓN CULTURAL / LITERATURA

SANTIAGO GAMBOA (Bogotá, Colombia, 1965). Es diplomático, periodista y escritor. Lo más reconocido de su trabajo literario han sido sus novelas. De *Páginas de vuelta*, la primera, se dijo que rompía “con todos los caminos recorridos por la más reciente literatura colombiana”; *Perder es cuestión de método* se tradujo a quince idiomas y fue llevada al cine, *Necrópolis* ganó el V Premio de Novela La Otra Orilla, *Los impostores* fue traducida a dieciséis idiomas, *El síndrome de Ulises* fue finalista del Premio Médicis, del Premio Rómulo Gallegos y del Premio Casino de Povoá, y también fue llevada al cine. “Tragedia del hombre que amaba en los aeropuertos”, publicado por primera vez en 1999, y en curso de producción cinematográfica, es sin duda uno de los mejores cuentos de los últimos años en nuestra lengua.

TRAGEDIA DEL HOMBRE QUE AMABA EN LOS AEROPUERTOS

Las historias tristes ocurren a veces en lugares tristes, como las estaciones de tren o los aeropuertos. Entonces la gente lo nota y lo comenta, y todos dicen que en verdad los aeropuertos y las estaciones de tren son sitios tristísimos, tan tristes que no dan ganas de volver a viajar pues a nadie le gusta meterse de lleno en la tristeza, y encima por esos precios. Pero esto nunca me preocupó, pues yo estaba siempre solo en esos lugares, saltando de un país a otro con mi cámara fotográfica para enviarle a la agencia Sigma lo que muchas veces, al día siguiente, era la foto de portada de algún periódico, de muchos o de ninguno.

En realidad me gustaban los aeropuertos, pero también los hoteles, las maletas y las oficinas de cambio. Me gustaba llegar a los cuartos del Sheraton y quedarme horas bajo la ducha pensando que detrás del agua, del vapor y del muro estaba el puerto de Hamburgo, por ejemplo, o el Parque de Reliquias de Zagreb, mientras que yo seguía hipnotizado por el sonido del agua, y sobre todo me gustaba saber que para dejar de imaginar esos lugares sólo tenía que salir al balcón y abrir bien los ojos. Todo eso me gustaba, pero el momento preferido era la llegada al aeropuerto. Ahí mis poros se abrían como plantas carnívoras. Tenía especial predilección por London Gatwick, tal vez por el recuerdo de mis viajes a

Bogotá cuando era más joven; pero también soñaba con el aeropuerto de Kuwait City, en donde vendían las cajas de habanos Montecristo a 65 dólares, o con Changi Singapur, aeropuerto al que van los jóvenes de la ciudad a estudiar por las noches y que está rodeado de una selva de árboles de sombra. En mis afectos Montreal Mirabelle tenía un lugar especial: en él, una vez, me llevaron hasta el avión en un campero, en medio de la nieve acumulada en la pista, pues no escuché los altavoces que repetían mi nombre en un acento extraño, y no los escuché por estar mirando los precios del whisky en el *duty free*, lo único que podía hacerme olvidar las lágrimas de despedida que, por esa época, salían de los ojos de Nathalie. Odio, en cambio, el aeropuerto de Madrid Barajas, pues es incómodo y ruidoso, casi tanto como el de Ciudad de México, y si el Leonardo da Vinci de Roma se salva es porque en él, durante mucho tiempo, me esperó el amor de Sarah. Amsterdam Schiphol era un enorme corredor de cristales nevados; el Omar Torrijos de Ciudad Panama olor a papaya y ventiladores de hélice, mientras que el José Martí de La Habana era puro azúcar disuelta en alcohol, limón, frío artificial y vegetación. En otras palabras: mojito.

Creo que es hora de presentarme. Me llamo Anibal Esterhazy, un apellido de origen húngaro que mi familia colombiana ya logró digerir, después de muchas humillaciones y malentendidos, pues todo el mundo cree que somos parientes del malvado Esterhazy que condenó con sus mentiras al capitán Dreyfus, uno de los casos más sonados a fines de siglo pasado en Francia; tan sonado que hasta Zolá metió la cucharada con su célebre *J'accuse*. No, no somos de esos Esterhazy. O mejor dicho, somos y no somos, pues pertenezco a la rama más pobre de la familia, los que luego se hicieron comunistas y al final emigraron a América. No olvido una conversación con un guardia de fronteras norteamericano en

el Estado de Maine, viajando en un tren nocturno de la Amtrak desde Montreal hasta Nueva York. El policía era un hombre de 50 años, calvo y de bigote amarillo.

—¿Con ese apellido y llevando un pasaporte de Colombia?

—Bueno, mi mejor amigo se llama Fritz Eckerfeld y es boliviano —respondí—... Y le recuerdo que el presidente del Perú se llama Fujimori. ¿Conoce Latinoamérica?

—No se haga el gracioso —respondió con cierta molestia—. Soy de origen polaco y sé que Esterhazy es uno de los apellidos más sonoros de la nobleza húngara. De ahí mi curiosidad.

—Yo también lo sé, y le confieso que preferiría no saberlo. En Colombia somos pura clase media, y en París, donde vivo ahora, soy doblemente meteco.

El guardia, instalado en el vagón cafetería, encendió un cigarrillo y me miró con interés.

—Los franceses me toman por un primo pobre del Este, en el mejor de los casos. Otras veces me acusan de haber matado a Dreyfus. Y si les digo que soy colombiano ni le cuento la que se arma.

—Bueno, límitese a responder las preguntas.

Recuerdo haber pensado que, con esa última frase, el policía cortó la posibilidad de que naciera una buena amistad. Uno suele ser muy sincero con los guardias de fronteras, y si se extendieran un poco uno podría, tal vez, comprender mejor el mundo y comprenderse mejor a sí mismo. Pero me quedé callado.

El origen de mi tragedia fue un capricho y una larga noche de insomnio. Pero todo empezó, como siempre, con algo feliz. Ya lo dijo el viejo Graham Greene: “Sólo se llora cuando antes se ha sido feliz. Detrás de cada lágrima se esconde algo envidiable”. Me encontraba en Yakarta, regresando de un reportaje en Timor Oriental sobre el premio Nobel de la Paz y la guerrilla timoresa.

Pero en lugar de viajar directamente a París cambié el pasaje de Air France y fui a Singapur, pues tuve el capricho de beber un Singapur Sling en el bar del Hotel Raffles, mecido por el aire de las hojas de palma que ondean en el techo. Ése fue mi funesto capricho, algo que, sin duda, tiene que ver con los ecos de la pérdida nobleza familiar, de ciertos genes que, en mi cuerpo, parecen no haberse dado por enterados de que ya hace mucho tiempo que no tenemos castillos ni riquezas, un poco como le sucede a esos campesinos chinos que, según vi en un reportaje, no se han enterado de que murió el emperador y lo siguen venerando. Un funesto capricho. Entonces cambié el billete directo por una conexión a través de Garuda Airlines con escala de una noche en Singapur, y para allá me fui. Por supuesto, mis viáticos no me permitían pasar la noche en el Raffles, así que tomé una habitación en el Shangri-La Hotel, cerca de Orchard Road, me pegué una buena ducha y me dispuse a salir.

Pasé la tarde visitando los lugares queridos de esa ciudad tropical que muchos llaman “la perla del sureste asiático”, es decir la explanada del Clark Quay, los almacenes chinos de Tanjong Pagar y el Little India, en donde compré especias de Madrás y algún que otro *souvenir*. También me di una vuelta por la Mezquita del Sultán y finalmente compré telas en Arab Street, dando rienda suelta a esa manía tan propia de mi familia de llenar las maletas con cosas hermosas e inútiles. Pero a partir de las siete de la noche empezó lo mejor, pues me instalé en la barra del Long Bar y pedí mi Singapur Sling. Lo bebí lentamente comiendo cacahuetes, y pedí un segundo, y un tercero, hasta que el barman perdió la cuenta y yo decidí salir al patio a comer un plato de carne a la brasa con arroz blanco, el exquisito *nasi puti*, y más cócteles. Yo observaba el líquido rojizo pensando que en ese mismo lugar, hacía unas cuántas décadas, Rudyard Kipling, Joseph Conrad y Somerset

Maugham habían bebido lo mismo, y entonces cerraba los ojos y me repetía en la mente: “Saboréalo bien, Esterhazy, tanta delicia tiene que servir para algo”. ¿Para qué? Mi vida era una sucesión de líneas irregulares sobre el planisferio, un mapa vital superpuesto al otro mapa, el de las rutas de viajeros y las líneas aéreas. Siempre creí que en alguno de esos lugares por los que pasaba encontraría el sitio ideal para empezar una nueva vida, una vida de verdad. Una vez creí que ese lugar era París, pero luego, con el tiempo, me fui dando cuenta de que los lugares en los que uno vive son impermeables a los sueños, y que no hay nada más tonto que la calle y el número en el que recibimos el correo, la habitación en la que nos levantamos todos los días y el espejo cotidiano del baño, el mismo que nos devuelve esa fatigada cara que ya no nos convence, que nos da lástima y que, por desgracia, es la única que jamás nos traiciona. Tal vez buscando otro rostro yo me fui yendo a ciudades cada vez más distantes, a un torbellino de países que al cabo de un tiempo se convertirían en recuerdos lejanos, en fotos dobladas dentro de un libro y viejos sellos de pasaporte. La felicidad está siempre en el siguiente viaje. O más bien: en ese bello país al que nunca fuimos.

En Singapur podía ser feliz, pues ya lo había sido con Sarah. También en Java, en uno de esos pequeños trenes de arroz que atraviesan la isla con sus ventiladores y olores a especias... O en Samur, isla de Bali, muy cerca de ese territorio de sueños en el que Stevenson intentó encontrar la vida, y la muerte lo encontró a él. También había sido feliz en Sarajevo pero me daba vergüenza decirlo: allí sentí el verdadero valor de la vida, pues en la época de la guerra la vida era algo precario. Todo esto pensé yo, Esterhazy, al acabar de comer en el Hotel Raffles, cuando ya iba por el sexto o séptimo Singapur Sling. Y con toda esa carga semántica en el espíritu la vida fue aún más bella, y entonces salí a caminar hasta

la rotonda de la Raffles City y tomé un *becak* que me llevó a mi hotel, más allá del Jardín Botánico, sabiendo que en la mañana debía tomar el vuelo de Singapur Airlines a París.

Las luces del avión bajaron hasta desaparecer luego de la proyección de *Sabrina*, con Harrison Ford, en mitad de la noche. Entonces encendí la luz piloto para seguir leyendo una antigua edición del *Criticón*, de Baltasar Gracián, que papá me había regalado de cumpleaños tiempo atrás. Leía y al mismo tiempo miraba los puntos luminosos allá abajo en la oscuridad, tal vez barcos en los que sucedían escenas memorables, dramas hermosos de heroísmo y dolor que para mí eran sólo eso: una diminuta estrella brillante en medio del negro de la noche. Pero el destino me salió al encuentro de un modo abrupto cuando el indicador de vuelo mostró la silueta del avión sobre el Océano Índico: primero vino una pequeña zona de turbulencias, como dijo el piloto por el altavoz, y luego un verdadero huracán. Los vacíos de aire parecían saltos en el vientre de una ballena y el avión dio recobecos y estornudos que terminaron por despertar a todos los pasajeros. Una de las jóvenes azafatas, empujada por el intenso oleaje del aire, terminó por sentarse a mi lado, en la esquina trasera del avión. Vestía el uniforme de la Singapur Airlines, es decir falda azul y camisa blanca, pero debía ser uno de sus primeros vuelos pues la situación la llenó de pánico. Yo, que era más bien tranquilo y que tenía una terapia para el miedo que consistía en gritar en la mente “¡Que se caiga, que se caiga!”, ya empezaba a pensar que sería bello, tras el accidente, que encontraran el cadáver de un periodista colombiano abrazando una vieja edición del *Criticón*... En fin, en ésas estaba, tratando de improvisar una muerte digna, cuando sentí la mano de la azafata levantando mis dedos. Me dejé acariciar y luego le dirigí una mirada que no sabía que estuviera en mi repertorio de miradas, pero

que quería decir algo así como “aunque no parezca yo nací en tu misma calle y te comprendo, y si vamos a morir te juro que soy tu hermano, tu vecino, el compañero de clase que siempre te quiso en silencio”. La jovencita, que se llamaba May Lim —bueno, la verdad es que yo aún no lo sabía—, entendió todas mis frases, incluso las que no dije, y me miró como diciendo “si hay algo que desees de mí pídelo ahora, pues ante la muerte nada me impide hacerte feliz”. En ésas estábamos, charlando sin charlar, cuando las luces del *Fasten seat belt* volvieron a apagarse y el avión dejó de estornudar, toser y maldecir, y en un minuto recuperó la estabilidad. Nos quedamos mudos, pues ninguno de los dos sabía qué hacer ahora que teníamos los corazones tan abiertos. Y no hicimos nada, pues ella se levantó pidiendo disculpas y se fue detrás de esa misteriosa cortina trasera en donde sobrecargos y azafatas juegan al dominó y ríen mientras los pasajeros duermen.

Yo decidí dormir. Y en ésas estaba, en plena oscuridad y noche del avión, cuando la misma mano volvió a levantar mis dedos. La miré a los ojos y vi, como en una bola de vidrio, una vida feliz con tres hijos y una granja cerca de Kuala Lumpur. Todo eso había en los ojos que me miraban. Entonces, sin dudar, la besé, y luego la seguí besando, y a medida que la respiración de May Lim se hacía más fuerte me fui animando con la mano por debajo de su falda hasta llegar a esa zona protegida y difícil, llena de misterios, y ahí sí que May Lim casi se ahoga y hasta pegó de pronto un grito cuando logré tocar su carne empapada de amor en donde estaban la granja y los hijos y la felicidad de una vejez tranquila en la península de Malasia, sobre la costa, a 36 kilómetros de la frontera con Tailandia. La escena de amor duró unos cuántos minutos pero terminó al llegar a París, en el Novotel de Roissy, donde la compañía aérea alojaba a sus azafatas. Bueno, pero eso sí no se los cuento.

Me enamoré de golpe, y además me di cuenta de que la mejor manera de llegar a la ciudad en la que vivía, a mi propia ciudad, era haciendo un alto en un hotel del aeropuerto con un amor que sólo podía tener la intensidad de las relaciones que se entablan con desconocidos. May Lim abrió las cortinas y pude ver a lo lejos las chimeneas de una gigantesca fábrica, los enormes trípodes del aeropuerto Charles de Gaulle y las pistas de la Aerogare T9, de donde salen los vuelos charter. Y sentí de pronto que no era la misma ciudad, que no estaba llegando a mi casa, a mi dentífrico y a mis largas noches de preguntas, sino a un lugar feliz, a uno de esos países en donde está prohibido estar triste. Viéndola encender un cigarrillo, sentada en la cama y cubierta con mi camisa, pensé que nunca más quería llegar a mi vieja ciudad.

Pero May Lim regresaba al día siguiente a Singapur vía Karachi. Entonces la acompañé hasta la entrada de azafatas del Terminal Uno. Me prometió llamar la semana siguiente, pues sus rutas de trabajo de los próximos días eran Bangkok y Kuwait City.

—No importa —le dije—, todos los aeropuertos son iguales. Te buscaré.

Había pronunciado, sin saberlo, la frase de mi tragedia. Pasé la semana revelando fotos en el laboratorio y eligiendo imágenes entre montañas de negativos, aunque siempre atento a los mensajes del contestador o a la señal vibratoria del celular que llevaba amarrado a la cintura. Pero nada. Miraba las fotos de timoresees armados y veía las caderas de May Lim; cuadraba la lupa sobre algún detalle de las comisarias del ejército de Suharto y encontraba su bellísima cara mordiendo el labio. “Mierda” me dije al cabo de 4 días, “todo indica que estoy enamorado”. Pero pasó el tiempo, como en las novelas de Dostoievski, y no sabía nada de ella. May Lim había desaparecido, y al llamar a la compañía me di cuenta de algo ridículo: Lim no era su apellido sino parte de su nombre de pila, y para

que la buscaran por el nombre tenía que demostrar algún parentesco o inventar alguna gracia excesiva, de esas que tanto se parecen a la idiotez y contra las cuales siete generaciones de torvos Esterhazys me blindaban. Tuve el mismo problema al intentar sobornar al recepcionista del Novotel de Roissy, y ni siquiera mi tarjeta de prensa y una enorme mentira sirvieron de ayuda con la oficina de Singapur Airlines. Como si fuera poco, la encargada de personal del aeropuerto, tras decirme que no podía hacer nada, me propuso irme a la lejanísima y brumosa mierda con una velada acusación: “Usted se imaginará, señor, que no es el primero que se enamora de una cabinera... Si hubiera que darle la dirección y el teléfono de las azafatas a cada viajero no daríamos abasto. Esto es una compañía aérea, no una agencia matrimonial”.

Me sentí ridículo, pero al volver al carro, mi viejo Golf azul marino, descubrí que me esperaba un mensaje en el teléfono celular: “Espérame en la cabina 22 del Cocoon, en Roissy, el sábado a las siete y media de la tarde. Te recuerda, May Lim”. Mi cuerpo tuvo tres reacciones simultáneas: el corazón dio un puñetazo contra el pecho, tiré al aire un suspiro enamorado y se me paró. Cocoon era el nombre de las cabinas de reposo, mini dormitorios que se alquilaban por 30 dólares en el aeropuerto de Roissy. Esperé un día entero y una larga noche, y el sábado me planté allí desde el mediodía, tras inventar una disculpa para evadir una sesión de fotos en la sede de la presidencia.

A la hora prevista sonó el timbre. Con pulso tembloroso abrí la puerta, escondiendo en la otra mano un ramo de rosas amarillas y una edición en inglés de *Cien años de soledad*. Pero mi espíritu se quedó de piedra: no era May Lim. Era una joven negra con uniforme chocolate claro y un letrero en la hombrera que decía Gabón Air.

—Debe haber un error... —alcancé a decir.

—No, tú eres el periodista, ¿verdad? Te traigo un mensaje de May Lim, a quien vi esta mañana en Dubai. No va a poder venir porque a última hora le cambiaron la ruta y ahora está viajando hacia Nueva York, pero me pidió que te diera un mensaje... Espera un momento, lo tengo por aquí.

La joven entró al pequeñísimo cubículo y abrió la cartera. Me entregó un sobre y luego me dijo:

—Perdona, ¿puedo entrar un segundo al baño?

No entendí nada. ¿Cómo era posible que le cambiaran el itinerario de forma tan abrupta? Con avidez saqué el papel y, para mi tranquilidad, encontré una bella foto. May Lim sonreía sosteniéndose la barbilla con los dedos. Era posible imaginar que de sus labios salía un beso. El papel, escrito en letra muy clara, decía lo siguiente: “Hubo problemas, querido. Si puedes el próximo martes tengo una escala en Bruselas. Estaré en el Hilton del aeropuerto en la habitación 309, a partir de las ocho de la noche. La joven que me hace el favor de llevar este mensaje se llama Louise y es una de mis mejores amigas. Quiérela como me quieres a mí. Sé que estarás decepcionado, por eso le pedí a Louise que fuera cariñosa contigo...”. Terminé de leer esto y la puerta del baño se abrió. Entonces la vi salir, a Louise, quiero decir, con la falda en la mano y la camisa abierta. Un calzón lila se le perdía entre los pliegues de una carne negra y abundante.

—Ven —me dijo—, vamos a volar juntos a Gabón, sin escalas y sin salir de este cuarto.

Sin dejarme responder me empujó sobre la cama, me desnudó y, de repente, algo mío desapareció entre sus labios. Luego se sentó sobre mis caderas volcando hacia adelante una cabellera negra que me dejó ciego, casi a oscuras, e inició una letanía mezclada con gritos en francés y en otras lenguas que yo, fotógrafo internacional, no pude entender, pero que me parecieron hermosos, llenos de olores

desconocidos, de sándalos y aloes, como diría el poeta León de Greiff. Al quedarme solo me consideré un hombre con fortuna, pues a pesar de que mi amor por May Lim era fuerte y la extrañaba, me dije que una mujer como Louise, entrada en carnes y con una boca de fuego, no era para dejar pasar. Tenía la foto de May Lim en el bolsillo, 29 años y una nueva cita. La vida era hermosa, carajo.

El viaje a Bruselas fue fácil, pues por esos días había estallado un escándalo de pedofilia en todo Bélgica. Con pocas palabras me hice enviar para tomar las fotos de una multitud manifestando contra el gobierno en la Grand Place, y cada vez que disparaba con el teleobjetivo miraba el reloj. A las ocho en punto llegué al Hilton y pregunté por la habitación 309. Y al abrirse la puerta sentí que mis talones volaban, como los del veloz Aquiles: los labios de May Lim se abrieron en un beso, y ella, al tiempo que me arrancaba la camisa y el cinturón, me preguntó entre suspiros si me había enamorado de Louise. Yo le dije lo que dicen todos los que aman: ella tuvo mi cuerpo pero no mi alma, porque mi alma es sólo tuya, hermosa May Lim. La volví a tocar y toqué el cielo, el espacio celeste del Taoísmo. Pero al día siguiente, pasadas las siete de la mañana, vi con dolor que se vestía.

—Regreso a Singapur vía Hong Kong —dictaminó—. Tengo que estar lista dentro de media hora.

Nos despedimos llorando y me dejó otra cita: en cuatro días, es decir el martes, en el Sheraton de El Cairo, ¿puedes?

—Claro que puedo —respondí sin pensar—. Allí estaré.

El presidente Mubarak se reunía con el secretario de Estado norteamericano Warren Christopher, por eso podía. Di una vuelta por Bruselas, ciudad que detesto, y por la tarde regresé a París en un vuelo de Air France. Pero al bajar en el aeropuerto de Roissy encontré un mensaje de Louise en el contestador: “No sé si estés por ahí, pero si puedes me encontrarás a las siete de la noche en la

cabina 37 de Cocoon. Acabo de llegar de Kinshasa y me gustaría verte”. Miré el reloj: eran las siete y cuarto. ¿Estaría aún en la cabina? Pudo más la curiosidad y, tras recuperar la maleta, tomé el autobús hasta el Terminal Uno. Di dos tímidos golpes en la puerta y al principio no hubo respuesta. Pasados unos segundos sentí que alguien quitaba la llave. La puerta se abrió.

—Sabía que ibas a venir —me dijo Louise, la piel mojada, apenas cubierta con una toalla que iba del borde de los senos hasta el ombligo—. Entra, acabo de ducharme.

La vi agacharse y jugar con mi cuerpo. Era hermosa: sus nalgas tenían tonos violáceos, pequeñas estrías que convergían hacia una caverna oscura.

—No sé nada de ti —le dije encendiendo un cigarrillo—. Ni siquiera sé tu apellido.

—No importa. Me llamo Louise. Tengo 26 años y nací en Nairobi. Eso quiere decir, como supongo que sabrás si fuiste al colegio, que soy keniana. Trabajo en Gabón Air hace tres años.

—¿Dónde conociste a May Lim?

—En el aeropuerto de Luanda. El paisaje es tan árido que uno termina por charlar con cualquiera que se le ponga delante más de cinco segundos. A veces nos vemos en París, o en Bruselas. ¿Tú vienes de allá?

Me sorprendió.

—Sí, ¿cómo lo supiste?

—Sé leer los stickers del equipaje, bobo. No me mires así —señaló mi maleta—. Esas letras quieren decir “Bruselas”.

Se vistió despacio, frente a mí.

—Estuve con ella, pero no le conté que te había visto.

—Ya lo sabe, no te preocupes.

Entró al baño. Luego se escuchó el soplido de un secador de pelo. Vi su bolso y dentro un sobre de correo postal. Estuve tentado

de abrirlo pero no lo hice. Me contuve porque entendí que sería un gesto de amante celoso. También vi una cajita de joyería con una tarjeta pegada. La tarjeta decía: “Recuerdo de una estupenda mamada en la autopista Paris-La Rochelle. Con un beso, Cyril”. En esas estaba cuando un golpe sonó en la puerta. Y luego otro. Me quedé petrificado. Con el sonido del secador Louise pareció no escuchar y entonces me acerqué a la puerta y dije con voz nerviosa. “¿Quién?”.

—Soy yo, Louise, abre... —era una voz de mujer.

Me vestí a la carrera, sin contestar. Con la camisa abierta y el pantalón desabrochado metí la cabeza al baño.

—Louise, alguien te llama.

—Debe ser Cindy —respondió Louise—. Ábrele, es una amiga inglesa.

Abrí la puerta y vi a una joven pelirroja. Su uniforme era azul marino y el signo de la gorra era de la British Airways.

—Tú debes ser el fotógrafo —dijo dándome la mano.

—Mucho gusto —respondí, algo confundido.

Louise acabó de vestirse y salió. Casi sin mirarme le dio la llave del cuarto y le dijo:

—No tuve mucho tiempo para arreglarlo, perdona... Dejé un poco de champú en la ducha. ¿Ya se presentaron?

Yo me puse las medias avergonzado.

—Sí —balbuceé—. En un segundo estoy listo, señorita, disculpe.

—No te apures —me dijo Louise, ya en la puerta—. Quédate un rato con ella. Cindy quería conocerte. Te llamo la semana entrante, chao.

Louise salió y la pelirroja me miró con las mejillas coloradas. Luego dejó el maletín sobre el sillón con cierta torpeza y de él cayeron varios libros. Leí los títulos: *The intelectual and the masses*,

de John Carey, en una edición de la Faber&Faber; *Under the volcano*, de Malcolm Lowry, y la poesía completa de Ezra Pound. Me quedé sorprendido y la miré a los ojos. Cindy volvió a ruborizarse y recogió los libros sin decir palabra.

—¿Está leyendo todo eso? —le dije.

—Sí, bueno... Sí —dijo, intentando meterlos en la cartera—. Los estoy leyendo. Ésa es la verdad.

Noté que la pregunta era ridícula. Me puse la chaqueta y avancé hacia la puerta.

—¿Puedo invitarla a tomar un café?

La pelirroja me miró y noté que tenía un par de hermosos ojos verdes. Verde olivo profundo, lo que daba un toque de tristeza a un rostro luminoso.

—No tomo café, pero sí agua mineral con gas.

—Venga, la invito y hablamos sobre lo que está leyendo.

Salimos del Cocoon y fuimos a sentarnos al Relais Café, al lado de las vidrieras centrales. Uno de los relojes digitales daba las once y veintidós minutos de la noche. Había poca gente y por el aeropuerto se expandía una atmósfera inhóspita. Entonces pensé que llevaba varias horas en París y que aún no llegaba a mi casa. En un segundo me arrepentí de haberla invitado.

—Me gusta la lectura, por eso siempre llevo libros —dijo Cindy bebiendo a sorbos lentos una Perrier—. Sé que es una respuesta idiota, pero hay gente que lleva libros para pasar el rato, para dormirse en el avión o para tener algo conocido en la mesa de noche del hotel. Yo lo hago simplemente porque me gusta leer.

—Es una buena respuesta —reviré—. Pero me intrigan los títulos.

—¿*Bajo el volcán*? Es una excelente novela. John Huston la llevó al cine con Albert Finney y Jacqueline Bisset, ¿la vio?

—Sí, y también lo leí.

—Si usted la leyó, ¿por qué le parece extraño que yo la esté leyendo?

—No sé, nunca había visto un libro así en manos de una cabinera. Sé que estoy diciendo una tontería, pero ésa fue la razón de mi sorpresa.

—Bueno, le perdono su comentario —dijo Cindy riéndose—. Me gusta que la haya leído. Dígame, ¿no cree que el primer capítulo es un poco largo?

—Sí, pero Lowry lo justificó diciendo que la lentitud era para que el lector se impregnara bien del lugar y de la ceremonia del día de muertos.

—¿Dónde lo dice? —preguntó.

—En una carta a su editor.

—Pues no lo sabía —sacó lápiz y papel—. ¿Me puede escribir el nombre aquí?

—Bueno, supongo que está en el volumen de cartas completas de Lowry. No recuerdo la fecha.

Cindy me explicó la teoría de Carey sobre el intelectual y las masas, los privilegios que éste recibe de aquellas y su responsabilidad frente a esa situación, y terminamos comentando los enloquecidos poemas de Ezra Pound, su barbita rojiza y la cárcel-jaula en la que fue aprisionado por sus simpatías hacia el nazismo, tras ser juzgado traidor a la patria. La conversación me gustó y acordamos tutearnos.

—Lo que me atrae de Lowry —dijo Cindy—, es que está envuelto en una tradición trágica que a mí me parece muy anglosajona: el alcohol y la destrucción de sí mismo. También los viajes son muy ingleses.

—No lo había pensado...

—Claro, a nadie se le ocurre que André Gide o Sartre fueran alcohólicos. Eso es anglosajón. Fíjate, de todos los premios

Nobel de Literatura norteamericanos la única no alcohólica es Tony Morrison...

Al término del café era medianoche pasada y consideré que era un buen momento para retirarme. Cindy debía quedarse a dormir en el aeropuerto.

—¿Te vas mañana? —le pregunté.

—Sí, salgo para Heathrow y de ahí viajo a Nueva York.

—Me gustaría volver a verte, ¿vuelves a París por estos días?

—La semana próxima. Te llamo para decirte cuándo.

—Mira, ésta es mi tarjeta —le señalé con el dedo—. Ahí está mi teléfono.

—Bueno —dijo poniéndose colorada—, te confieso que ya lo tengo.

La miré sorprendido.

—Sí, me lo dio Louise el día que me habló de ti.

—Ah...

Volví a mi casa confundido, fatigado y vagamente enamorado. Enamorado de Cindy, se entiende, pues todo había pasado muy rápido y la verdad siempre había soñado con una mujer a la que le gustara *Bajo el volcán*. Tenía además lindos ojos, ojos de irlandesa, pero de inmediato extraje la foto de May Lim y el corazón me dijo no, no compadre, el orden jerárquico no es ése y May Lim va primero, si no mírate ahí donde tú sabes, y él miró y en efecto vio que tenía levantado el pantalón, y trató de rebelarse diciendo pero carajo, quién es el que manda aquí, pero el pantalón siguió inflándose y entonces cedió diciendo bueno, OK, ya entendí, maricón el que vuelva a preguntar. Entonces recordé una frase que alguien me dijo un día: “El que haya estado en la cama con una oriental no volverá a disfrutar de este lado del mundo”. Tal vez tenía razón.

Ante el caudal de experiencias, supuse que era hora de sentarse a reflexionar. ¿Hacia dónde iba con May Lim? Apenas la conocía. Había pasado dos noches con ella y la verdad hablar, lo que se dice hablar, pues habíamos hablado poco. Pero otra voz en la mente dijo, ¿dónde está escrito que los amores se fabrican hablando? Eso también era cierto. Digamos que hablar ayuda a llegar al mismo lugar. Yo mismo había defendido que la unión máxima entre dos personas llega cuando son capaces de pasar una tarde sin dirigirse la palabra. La pura compañía en silencio. Ahora bien, Cindy era el caso contrario: no tenía ningún motivo físico para recordarla, pues no me había acostado con ella. La recordaba ennoblecida por una charla hermosa, pero sin el redoble de los sentidos. Y finalmente estaba Louise, que era la fiesta del órgano. Una coral de Bach. Con ella sí no había confusión posible. Lo que me inquietaba, para qué negarlo, era la confianza tan grande entre Louise y May Lim en lo referente a mí. La liberalidad con la que May Lim me había empujado a sus carnes, a las de Louise, me hacía dudar de sus sentimientos. Eso no lo haría jamás una mujer enamorada. Todo era muy extraño.

Por la tarde seguí reflexionando, y luego por la noche. La verdad, me moría de ganas de ver a Cindy, pero no tenía a dónde llamarla. Pasaron otros dos días y empecé a prepararme para la cita en El Cairo con May Lim, aunque repleto de dudas. ¿Debía ir a ese hotel como un amante ciego y dócil, a recibir de su mano el pienso de la felicidad, sin hacerle preguntas engorrosas? ¿No sería más conveniente pedirle una cita aquí en París, en mi casa, invitarla a cenar y saber mejor hacia dónde se dirigía con respecto a mí? Me decidí por lo segundo, confiado en el proverbio que dice que una determinación tomada a tiempo es mejor que un rapto de locura. En fin, locuras ya había hecho muchas. Locuras y caprichos, y la verdad es que en la agencia varios colegas empezaban

a mirar con desaprobación mi diligencia, mi extrema disponibilidad y mis repentinos cambios de planes. Entre todos habíamos pactado con la dirección un código de respeto por nuestras vidas privadas, gracias al cual habíamos logrado no ser desplazados como fichas sobre un tablero, sin avisos previos. Pero mi comportamiento inestable de los últimos días iba en sentido contrario, pues no sólo salía para todas partes sin exigir los preavisos, sino que además me presentaba de voluntario, rompiendo todas las normas tácitas que tanto nos había costado lograr.

Por todo esto cancelé mi viaje a El Cairo y permanecí en París, haciendo las fotos de una visita privada de Margaret Thatcher, con motivo de la salida en Francia de un libro suyo de memorias. No pude avisarle a May Lim, pues no tenía dónde llamarla, así que me limité a esperar que ella se comunicara para darle una explicación y proponerle una cita en mi casa.

Pero al iniciar la semana me llamó Cindy.

—Te estoy llamando desde Lisboa —me dijo—, en dos horas vuelo a Londres y por la tarde salgo para París, ¿estarás libre esta noche?

Le dije que sí, y me alegró tanto que hice algo absolutamente inusual: fui a las galerías Lafayette y me compré una corbata. Luego pasé por el *traiteur* Flo y elegí una tremenda cena, y por último di un salto a la cava Nicolas para comprar algunas botellas de Saint Emilion.

Cindy estaba hermosa. Tenía un vestido azul que le llegaba hasta la mitad del muslo y un abrigo vino tinto. Tenía un regalo para mí, ¿qué era?

—Ábrelo —me dijo muy coqueta.

Casi me caigo de espaldas: era una edición en portugués del *Libro del desasosiego*, de Pessoa. Mientras acariciaba el lomo pensé que nunca antes un regalo había tenido un nombre tan

contrario al efecto que producía, y la besé, y la seguí besando, y como en la historia de Paolo y Francesca, de la *Divina Comedia*, el libro resbaló hacia un lado, y la comida de Flo, espléndidamente servida, debió enfriarse en el plato, y el vino lo tomamos sobre el tapete, extenuados y felices, y la corbata acabó sirviendo de moño para el pelo de Cindy. A las tres de la mañana nos asaltó el hambre y calentamos algo de la cena en el microondas, y luego dormimos muy juntos, como dos viejos enamorados que se reencuentran, pues siempre que alguien entra en nuestro corazón es como si lo recuperáramos de una larga ausencia.

A las seis de la mañana el teléfono sonó. Yo estaba soñando que me encontraba, como Jonás, en el vientre de una ballena, y por eso creí que el silbido del teléfono era la sirena de un barco que venía a buscarme. Levanté el auricular pasando el brazo sobre la espalda de Cindy, que aún dormía.

—¿Aló? —dije, dispuesto a mandar a la mierda a quien fuera, pues a esas horas sólo se llama para una defunción.

—Soy May Lim. ¿Estabas dormido?

Me dieron ganas de responderle con una frase que había leído hacía poco: “No, me estaba peinando”. Pero noté, por su tono de voz, que algo no andaba bien.

—Hola —le dije—, estaba esperando que llamaras. Mi viaje a El Cairo se canceló y no pude avisarte. ¿Dónde estás?

—Donde yo esté no importa —respondió enfurecida—. Importa dónde estás tú. O mejor: importa dónde no estás, dónde deberías estar...

Me levanté procurando que Cindy no se despertara y fui a hablar al salón. Al pasar frente al espejo del corredor vi a un chimpancé raquítico y albino. Casi pego un grito.

—No es mi culpa —le dije—. Si me hubieras dejado un número te habría podido avisar. ¿Por qué tanto misterio?

—No me digas mentiras —repuso—. Sé que cancelaste tú mismo el viaje, y sé que estás con la puta ésa, ¿ya se despertó? Si está despierta dile que pase al teléfono.

Me quedé perplejo. Respondí que no, que Cindy dormía. Le pregunté dónde estaba.

—Estoy en Tel Aviv, pero la persona que debía reunirse contigo en El Cairo está furiosa. Me metiste en un buen lío, mi querido Anibal.

Dicho esto colgó, y yo me quedé mirando el auricular como si fuera un animal venenoso. Así me encontró Cindy.

—¿Era May Lim, verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Es la única que puede haberte llamado a esta hora.

—Dijo que quería hablar contigo.

—Lo imaginé —dijo Cindy caminando hacia el baño, metida entre una de mis camisetas.

A mí me encantan los enigmas, para qué voy a negarlo, pero supuse que ya era hora de que alguien se tomara la molestia de explicarme lo que estaba pasando. ¿Todas se conocían? ¿Por qué todas parecían entender menos yo? ¿Por qué no ir a El Cairo puso a May Lim en un problema?

Entré al baño dispuesto a exigir respuestas, pero Cindy me pidió que la esperara afuera. Estaba sentada en la taza. Tenía el calzón en los tobillos y había encendido un cigarrillo. “Perdona”, le dije, y fui a sentarme en el sofá. Recogí el libro de Pessoa y leí al azar una página. Entonces algo dentro de mí, esa voz aguafiestas que es la primera en advertir los peligros, me hizo saber que la parranda había terminado.

Cuando Cindy salió del baño le pedí que se sentara. Pero ella insistió en preparar un café. Un rato después, ya con la taza en la mano, comenzó a hablar.

—Hay algo que tú no tienes por qué saber. Nosotras, en esta profesión, nos hacemos favores. Favores que pueden ir desde llevar un paquete, pasar un mensaje o saber guardar un secreto. Como en cualquier profesión, por otro lado... A ver si me explico. Nuestra vida es difícil, llena de soledad, de momentos de angustia, de lejanía...

—Estoy a punto de llorar —la interrumpí—. Por favor ve al grano.

—Para allá voy —dijo algo molesta—. Por eso muchas de nosotras, y esto es algo muy normal, intercambiamos amigos, relaciones que pueden ser de todo tipo, ¿entiendes? Una voz, compañía, un amante con quien pasar una noche. Y por supuesto esos favores, como todo en la vida, se pagan. No hay nada de malo en eso, no pongas esa cara.

Me serví más café, algo intrigado. Luego encendí un cigarrillo rompiendo la promesa de no fumar antes del almuerzo. Cindy continuó:

—Lo más seguro es que May Lim, al no poder ir a El Cairo, haya dado tu nombre a alguna colega a cambio de algo. Y como tú no fuiste ahora ella está en deuda, pues lo más seguro es que May Lim sí haya obtenido su parte del trato en Tel Aviv, ¿me sigues?

No lo podía creer. Así que yo, y quién sabe cuántos más, éramos meras fichas de cambio.

—¿Y yo cuánto valgo en la tablilla? ¿Cuánto te está costando a ti esta novecita que acabamos de pasar?

—No te pongas nervioso —me dijo—. Yo estoy aquí libremente. Vine porque quise, porque me gustaste la otra noche. De ahí la rabia de May Lim. Tú eres de ella y yo no le estoy dando nada a cambio. Fíjate, ahora yo también estoy metida en un buen lío.

La tranquilidad con la que habló fue lo más hiriente. Me levanté, recogí su ropa, abrí la puerta y la tiré al corredor. “Fuera de

aquí”, le grité. La última imagen que tuve de Cindy fue su blanco trasero, agachándose a recoger el vestido frente al ascensor. El portazo debió despertar a mis vecinos, pero me importó un bledo.

Pasé el día mascullando una venganza, diciéndome que una burla de esas dimensiones no podía quedarse así. Todos los Esterhazy, me dije, incluido el que denunció a Dreyfus, deben estar retorciéndose en sus tumbas. De herida dignidad, algunos; otros de risa. El día terminó y vino el siguiente, y otro más. Y me di cuenta que con el tiempo hasta las afrentas más sólidas se van deshaciendo, como el azúcar, y entonces empecé a preguntarme si no había exagerado, si no había creado una tormenta en un vaso de agua. Demasiada dignidad para tan poco, me dije de pronto. Pero ya estaba hecho.

Menos mal que a la semana siguiente tenía un viaje a Nueva York, pues el mejor antídoto para dejar atrás amores inútiles sigue siendo, en mi caso, el trabajo. Tomé la precaución de reservar un pasaje en Continental Airlines, y el día del viaje aparecí de último en la fila, con el cuello de la chaqueta levantado y unas enormes gafas de sol. A cada paso temía encontrarme con alguna de ellas, pero hice todo muy rápido y a los pocos minutos ya estaba sentado en mi silla, al fondo del avión, riéndome de mis propias precauciones. Las azafatas de Continental y un diminuto sobrecargo de origen puertorriqueño me parecieron amigables. No había ningún peligro. Poco después escuché al sobrecargo enano, que era fisicoculturista, hablar en español con un pasajero. Le decía que lo que más le gustaba eran los vuelos por América Latina, pues era en esas rutas donde subían las pasajeras más ardientes. Lo miré con compasión: enano, fisicoculturista y erotómano. Luego comprobé que su estatura era ideal para su trabajo, pues al ser tan bajito no molestaba la visión del televisor al pasajero cuando atravesaba el corredor.

Sería un viaje tranquilo. Saqué mi libro y comencé a leer, distraído cada tanto por el scanner del vuelo.

La primera sospecha la tuve cuando una joven me sirvió el aperitivo. En medio del whisky, encima del hielo, había una espuma babosa que parecía un escupitajo. Lo hice notar a la azafata quien, sin mirarme, retiró el vaso. Pasaron veinte minutos y mi whisky no volvía, y cuando por fin lo trajeron tuve la sensación de que era el mismo trago con el miasma disuelto. Decidí no tomarlo y me quedé alerta. Con la comida fui muy precavido. Antes de llevarme el primer tenedor a la boca revisé la bandejita y, oh sorpresa, encontré una cucaracha debajo del arroz. Pegué un grito y llamé a la azafata. Con ella vino el enano erotómano, en actitud desafiante. Les señalé el problema y se llevaron la bandeja. Un poco después me pidieron excusas, pues la comida estaba contada, así que no podían remplazarla. La joven me explicó de mala manera que al llegar al aeropuerto de Newark podía poner la queja en las oficinas de Continental, y agregó que de todos modos la compañía no era responsable, que la culpa la tenía la empresa encargada del suministro en tierra, y que al llegar a Nueva York podía, si quería, pedir los datos de esa empresa en París. El escupitajo, esa forma disuelta sobre el hielo, se repitió en los demás vasos de whisky, hasta que decidí dar por concluida la pelea. Ya me escucharían los de Continental en Nueva York.

Pero al llegar hubo otro problema. Cuando caminaba hacia el control de pasaportes dos agentes se acercaron, me tomaron de los brazos y me dijeron con voz enérgica.

—¿Señor Esterhazy?

—Sí, soy yo.

—Acompañenos, por favor.

Me llevaron a una oficina de seguridad. Ahí supe que las azafatas habían dado la alarma a las autoridades, pues que un pasajero

de nacionalidad colombiana no hubiera probado bocado en todo el vuelo era muy sospechoso. Una probable señal de que llevaba algo escondido en el estómago. Mis explicaciones no fueron escuchadas y salí siete horas después, tras haberme tomado a la fuerza un laxante que me licuó los intestinos. El único que me pidió disculpas fue el agente que me acompañó todo el tiempo en el baño, aunque precisó que había tenido suerte:

—Si hubiera venido directamente de Colombia le habríamos metido un tubo extractor, y eso sí es cosa seria. Imagínese, tiene el ancho de los catalejos con los que se puede mirar Venus. Claro, con vaselina.

Salí furioso, resuelto a comprar un revólver y a convertirme en pirata aéreo. El regreso a París fue idéntico. No prové la comida, sólo la desorganicé dentro del plato sin buscar los horrores que debía contener. Los vasos de agua que pedí de aperitivos los regué en una bolsa que llevaba escondida, y que vacié varias veces en el baño. Al llegar a París me surgió otro contratiempo. De nuevo la policía me retuvo durante un par de horas y supe que la guerra había comenzado. Entonces decidí atacar.

Lo primero que hice fue ponerme en contacto con algunos colegas de la agencia que hacían fotos de celebridades, especialistas en pillar a las famosas desnudas en la ducha de su casa y esas cosas. Luego pedí ayuda a mi amigo de más confianza en París, el periodista Eduardo Febbro, que escribía para *Página 12* de Buenos Aires. Eduardo me ayudó a analizar la situación y a planear la estrategia. Y nos pusimos en el frente de batalla.

Lo primero que hicimos fue ir al Cocoon de Roissy. Al no estar mi nombre en ninguna lista de pasajeros no podrían advertir mi presencia, lo que nos permitiría hacer los preparativos con calma. Allí alquilamos tres de las pequeñas habitaciones, junto con uno de los fotógrafos, y colocamos varias cámaras secretas a la espera

de que las jóvenes llegaran con sus engañados amantes. A los tres días de vigilancia obtuvimos resultados, y en los negativos encontramos fotos de muchas de ellas realizando apetitosas acrobacias sexuales con viajeros, empleados del aeropuerto y de las compañías aéreas. Luego Eduardo fue a las oficinas de Singapur Airlines en Roissy y dejó un sobre con las fotos dirigido a May Lim. Adentro iba una carta que escribimos juntos, y que decía: “Tengo aquí una serie de fotos comprometedoras para tus amiguitas. Si no quieres que lleguen a la dirección de las diferentes compañías aéreas, o que salgan publicadas en algún periódico con la historia completa, llámame. Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Anibal Esterhazy”.

Pasó una semana sin que hubiera respuesta y en la agencia me informaron que debía viajar a Moscú, pues Clinton se reunía con Boris Yeltsin. Dudé en aceptar el encargo, pero hablando con Eduardo concluimos que lo mejor era hacer una prueba; tomando, claro, todas las precauciones. Entonces saqué un billete de la Swissair vía Zurich y me preparé para el viaje.

En el avión todo parecía normal. La comida estaba limpia y los aperitivos no tenían grumos extraños. Entonces pensé que el contra ataque había dado resultado y que sólo cabía esperar la comunicación de May Lim para negociar la paz. Eduardo se quedó en París con mi celular, y ofreció también interrogar mi contestador. Si había novedades me las transmitiría al hotel Cosmos, en Moscú. Llegué al aeropuerto sin novedad, pero al buscar mi pasaporte en la chaqueta no lo encontré. ¿Qué había hecho con él? Desocupé todos los bolsillos pero no estaba por ningún lado, y al abrir mi maletín de fotografía comprobé con horror que la cámara y los lentes también habían desaparecido. En su lugar me habían dejado dos voluminosas guías de viajes, una de Singapur y otra de Indonesia. Comprendí el mensaje. El percance me obligó a perder un

día entero en el aeropuerto, pues debí ponerme en contacto con la embajada de Colombia y con los representantes de Sigma en Moscú. A las once de la noche, después de haber pasado el día entero tiritando en una oficina de la policía, pude salir a hacer mi trabajo.

Desde el hotel llamé a Eduardo y le conté el golpe que había recibido. Entonces decidimos enviar las fotos a los directores en París de tres compañías aéreas, amenazando con publicar la historia si no se tomaban medidas de castigo. Luego cambié el billete para regresar por San Petersburgo, pero no pude evadir los ataques: al llegar a París mi maleta se había perdido.

—La cosa se está poniendo difícil —le dije a Eduardo volviendo del aeropuerto—. Esperemos hasta el fin de semana, y si no se comunican publicaremos un reportaje con la historia.

Ya habíamos hecho contactos con el diario *Liberation*, de París, el *The Guardian* de Londres y el *Corriere della Sera* de Milán. Eduardo había escrito el texto y a todos les interesaba. Pero al llegar a mi casa las cosas se complicaron. La cerradura de la puerta estaba rota y alguien había revuelto todo. Los cojines del sofá tenían heridas en el estómago, los libros estaban por el suelo, la cama regada por el piso y el colchón abierto en varios lugares. Hablé con mi vecina de piso y me dijo que no había escuchado ningún ruido extraño, aunque sí recordaba haber visto en el portal a un hombre que nunca había visto por el edificio. Y ahora que lo pensaba, le había llamado la atención por su musculatura y porque era especialmente bajito. “¡El puertorriqueño erotómano!”, me dije. Guardé algunas cosas en un maletín y me fui a dormir a la casa de Eduardo, y al día siguiente enviamos la historia a los diarios.

El escándalo saltó el fin de semana. Hubo algunos comentarios en la televisión, se entrevistó a algunos directores de compañías aéreas —que explicaron que se trataba de casos aislados—, y

llegó a sugerirse que podría tratarse de un boicot por parte de compañías competidoras. El problema era la dificultad para conseguir testimonios con los viajeros, pues obviamente ninguno quería dar su nombre ni hacer declaraciones ya que en casi todos los casos se trataba de hombres adúlteros. Debí negarme a hacer los dos siguientes trabajos, argumentando una inexistente enfermedad, y me encerré con Eduardo a pensar qué debía hacer. Lo primero que analizamos fue que mi profesión me impedía prescindir de los aviones, y que ya estaba demasiado crecido para cambiar de vida. Tampoco podía continuar enfrentándome pues no quería averiguar a mi costa hasta dónde serían capaces de llegar, y nada de raro tendría que una noche el enano erotómano me saltara encima con un picahielos. Tampoco podía seguir así: escondido, con la casa patas arriba, con el peligro de ver desaparecer mi equipo en los viajes y los inconvenientes ante las autoridades... Al cuarto día de encierro, desesperado al ver que no podía hacer nada, decidí escribir una carta de rendición.

Esto fue lo que escribí: “Estimada May Lim. Ganaste la partida. Mis armas, según pude ver, no llegaron a tocarte. Por favor comunícame cuáles son tus condiciones. Me rindo. Esterhazy”. Eduardo llevó la carta y me senté a esperar la respuesta. Pero a los tres días ésta no había llegado, entonces supuse que se pondrían en contacto conmigo en el siguiente viaje. Con esa idea acepté un trabajo en Barcelona y preparé maletas.

Al llegar al aeropuerto abrí bien los ojos, a la espera de que alguien se acercara. Luego subí al avión tratando de identificar algún gesto en la tripulación, pero no noté nada extraño. Sudaba y el corazón me daba golpes en el pecho. En el aeropuerto del Pratt no hubo ningún inconveniente, y pensé que la pesadilla había terminado. A lo mejor, me dije, prefirieron echar tierra al asunto y dejar las cosas así. Y me pareció bien.

Pero no fue tan fácil, pues a mi regreso a París, justo al bajar del avión de Air France, una de las azafatas me entregó un maletín: “Olvidaba esto, señor”. No me atreví a abrirlo en ese momento, y sólo cuando subí al taxi para ir a la casa de Eduardo revisé su contenido. Era mi equipo de fotografía, el mismo que me habían quitado en la ruta Zurich-Moscú. Dentro había una carta con las condiciones de mi capitulación. Éste era el breve texto: “Nos gustaría leer un desmentido en la prensa sobre el escándalo que armaste. También queremos todos los negativos de las fotos en un sobre a mi nombre esta misma semana, en la oficina de la compañía en Roissy. Y una última cosa, querido Esterhazy: tienes una cita el próximo sábado en el Sheraton de Estambul, a las ocho de la noche. Habitación 907, no faltes”.

Desde entonces le pertenezco a May Lim. Nunca más he vuelto a verla, ni a Cindy ni a Louise, pues durante los primeros meses el castigo consistió en darme citas con azafatas vulgares, que herían mi sensibilidad y mi gusto. He presentado algunas quejas al respecto que hasta ahora no han sido escuchadas, aunque esta mañana, en un vuelo de Austrian Air con destino Viena, me hicieron saber que si mi comportamiento era correcto tal vez para el año entrante podrían tomar en cuenta mis peticiones.